





La reina de corazones

Grandes Clásicos

Wilkie Collins

# La reina de corazones

Traducción de Gabriela Díaz



Primera edición: octubre de 2006  
Segunda edición: noviembre 2006  
Tercera edición: enero 2007  
Cuarta edición: mayo 2007

Título original: *The Queen of Hearts*

© de la traducción, Gabriela Díaz, 2006  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2006  
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

ISBN-10: 84-96601-19-6  
ISBN-13: 978-84-96601-19-2  
Dep. Legal: M-22803-2007

Coordinación editorial y diseño: Oriol Alcorta

Motivo de la cubierta: Philip Hermogenes Calderon, *Broken Vows*, 1856  
Tate Gallery, Londres

Impresión y producción gráfica: Top Printer Plus

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## Carta dedicatoria

A Émile Forgues

**E**n un tiempo en el que los lectores franceses desconocían por completo mi obra, apareció con su firma un análisis crítico de mis novelas en la *Revue des Deux Mondes*. Leí ese artículo, en el momento de su publicación, con sincero placer y gratitud hacia su autor, y desde entonces he hecho honestamente todo lo posible por beneficiarme de él.

Posteriormente, cuando se llegó a un acuerdo para publicar mis novelas en París, usted emprendió amablemente la tarea, no exenta de sacrificios para su comodidad, de brindar a la primera de la serie —«The Dead Secret»— la gran ventaja de ser vertida por su pluma al francés. Su maravillosa traducción de «The Lighthouse» ya me había mostrado la valía de su asistencia; y cuando «The Dead Secret» fue publicada en su versión francesa, aunque sensiblemente satisfecho, de ningún modo me sorprendió descubrir que mi afortunada obra de ficción no había sido traducida en el sentido mecánico de la palabra, sino transformada de una novela que yo había escrito en mi idioma a una novela que usted podría haber escrito en el suyo.

Me dispongo a pedirle que me conceda un nuevo favor literario aceptando la dedicatoria de este libro; se trata del agradecimiento más diligente que ha estado en mi mano ofrecerle a modo de compensación por lo que le debo como crítico, traductor y amigo.

Las historias que constituyen el contenido principal de las siguientes páginas son, en cierta forma, ejercicios de ese arte que llevo estudiando con pasión desde hace años y que espero seguir cultivando, cada vez con mejores resultados, durante muchos más. Permítame, enviándole esta recopilación, garantizarle a la misma, al comienzo de su andadura por el mundo de las letras, un lector cuya perspicacia para detectar los defectos de un escritor es compartida por muchos otros críticos, pero cuya inhabitual habilidad para detectar todos sus méritos poseen muy pocos.

# La Reina de Corazones





## Nosotros

**N**osotros éramos tres hombres viejos, tranquilos y solitarios, y ella era una mujer joven, hermosa y llena de vida; y estábamos desesperados porque se nos habían acabado las ideas ingeniosas para entretenerla.

Pero antes que nada, unas palabras sobre nosotros, unas palabras que serán necesarias para explicar la situación singular de nuestra joven y bella invitada.

Somos tres hermanos y vivimos en una casa antigua, enorme y tenebrosa llamada The Glen Tower. Nuestra morada se encuentra en una comarca montañosa y aislada del sur de Gales. No hay siquiera una línea de ferrocarril que recorra los alrededores; no hay mansión noble a tiro de piedra. Nos encontramos a una distancia terriblemente incómoda de la ciudad más cercana, y el pueblo desde el que enviamos las cartas está a unas tres millas de aquí.

Mi hermano mayor, Owen, fue educado para la Iglesia. Pasó los mejores años de su vida en una populosa parroquia londinense. Durante más años de los que ahora me gusta recordar, trabajó sin

descanso, arriesgando su salud y su fortuna, entre la enorme miseria de los pobres de Londres; y sin duda hubiera sacrificado su vida cumpliendo con su deber hace mucho tiempo si The Glen Tower no hubiera acabado en sus manos tras dos muertes inesperadas en la rama más rica y de mayor edad de nuestra familia. Esta oportunidad en forma de lugar de descanso y refugio le salvó la vida. No ha existido hombre alguno que se mereciese más los favores de la diosa fortuna, ya que, lo digo sinceramente, no ha habido hombre sobre la tierra más cariñoso con su prójimo, más modesto, más amable, más generoso y más limpio de corazón que Owen.

Mi segundo hermano, Morgan, empezó en la vida como médico, y aprendió todo lo que su profesión podía enseñarle en nuestro país y lejos de él. Consiguió una independencia respetable mediante su trabajo: empezó en una de nuestras grandes ciudades del norte y terminó como médico en Londres; pero, aunque era bien conocido y apreciado en su círculo, no consiguió hacerse con el tipo de reputación que eleva a un hombre a la posición de médico famoso. A las damas nunca les gustó. En primer lugar, por ser feo (Morgan me perdonará por mencionar este detalle); en segundo lugar por ser un fumador empedernido y dejar todo apestando a tabaco cuando tomaba el pulso en elegantes dormitorios; y en tercer lugar, era la persona más sorprendentemente franca y sincera en lo que se refiere a sí mismo, su profesión y sus pacientes que jamás haya existido, lo que ponía en peligro el edificio social de la ciencia médica. Por estas razones, y por otras que no es necesario mencionar, nunca se labró una carrera de éxito como galeno, pero nunca le importó. Aproximadamente un año después de que Owen tomara posesión de The Glen Tower, Morgan descubrió que había ahorrado tanto dinero para su vejez como cualquier hombre razonable podría desear; que estaba cansado del ejercicio activo,

o, como él decía, de la dignificada charlatanería de su profesión; y que no constituía más que simple caridad proporcionarle a su hermano enfermo un compañero que lo cuidase sin pedir nada a cambio, y de este modo impedir que dilapidase su fortuna de la peor forma posible: desperdiciándolo en honorarios de médicos. Una semana después de que Morgan hubiera llegado a esta conclusión, estaba instalado en The Glen Tower; y desde ese momento, aunque sus caracteres eran opuestos, mis dos hermanos mayores vivieron juntos en su retiro solitario; se comprendían perfectamente y, a su muy diverso modo, se querían sinceramente el uno al otro.

Muchos años tuvieron que pasar antes de que yo, el menor de los tres, bautizado con el poco melodioso nombre de Griffith, acabase dando con mis huesos, como ellos, en la triste y vetusta casona, al abrigo tranquilo de las colinas galesas. Mi trayectoria vital me había apartado de mis hermanos e incluso ahora, en que estamos los tres juntos, mantengo lazos y conservo intereses que me conectan con el mundo exterior, que es algo de lo que tanto Owen como Morgan carecen.

Me educaron para la abogacía. Tras un primer año estudiando leyes, me cansé, y me aparté de los estudios vanamente, para emprender el sendero de la literatura, que yo consideraba más alegre y atractivo. Mis trabajos ocasionales con la pluma se veían amenizados bajo la forma de excursiones y largos viajes al Continente; año tras año, mi círculo de alegres amigos y conocidos aumentaba, y a punto estuve de acabar convertido en un hombre sin ataduras y un diletante sin objetivo alguno en la vida, cuando fui salvado del modo en que muchos otros en mi situación han sido salvados: mediante una relación con una mujer buena y sensata. Al alcanzar los treinta y cinco años había hecho lo que ninguno de mis hermanos hizo nunca: me había casado.

Como soltero, mi pequeña fortuna personal, junto con los escasos ingresos que me reportaban mis trabajos literarios, habían ido cubriendo mis necesidades; pero con el matrimonio y sus responsabilidades se impuso el deber de realizar un serio esfuerzo. Retomé mis estudios abandonados y me apliqué, con resolución esta vez, a las complejas dificultades del Derecho. Me convertí en abogado. El padre de mi mujer me brindó su ayuda y muy pronto empecé a ejercer sin problemas.

Durante los siguientes veinte años, mi vida de casado podría resumirse en una estampa de felicidad y prosperidad. Una época que ahora rememoro con una ternura tal, que no soy capaz de expresarla con palabras. Cuando pienso en esos tiempos pasados es el recuerdo de mi mujer lo más vivo que albergo en mi corazón. Lágrimas largo tiempo olvidadas inundan mis ojos de nuevo e interrumpen el curso de mi pluma mientras escribo estas sencillas líneas.

Permítanme que pase de puntillas sobre el acontecimiento que puede, no en vano, considerarse la única tragedia de mi vida; sólo recordaré ahora, como intenté recordar entonces, que ella, mi esposa, vivió lo justo para ver crecer a nuestro único hijo —un muchacho que fue tan buen hijo para ella como lo sigue siendo ahora para mí— hasta alcanzar la edad adulta; que su cabeza descansaba sobre mi pecho cuando murió; y que el último y frágil movimiento de su mano en este mundo fue el movimiento que la acercó a los labios de su hijo.

Acusé este duro golpe, eso es cierto; con la ayuda de Dios lo acusé, y aún lo sigo acusando. Pero nunca recuperé mi afición por la vida social, por los objetivos y los logros, la compañía y los placeres que durante veinte años su presencia había iluminado y había convertido en algo maravilloso para mí. Si mi hijo George hubiera deseado seguir mis pasos profesionales, aún hubiera po-

dido yo luchar contra mi naturaleza y haber mantenido mi lugar en el mundo hasta haberlo visto situado y próspero. Pero prefirió el ejército, y antes de la muerte de su madre ya tenía el grado de oficial y había iniciado su camino en la vida. No existía ninguna otra responsabilidad que exigiera mi sacrificio personal; mis hermanos tenían un lugar junto a su chimenea preparado para mí; mi corazón anhelaba, en su desolación, la amistad y la compañía de los viejos años mozos; mi maravilloso y valiente hijo me prometió que no pasaría un año, siempre que estuviese en Inglaterra, sin que viniese a visitarme; y fue así como yo también me aparté del mundo, que antaño había sido para mí un mundo alegre y feliz, y me retiré para terminar mis días tranquilamente, satisfecho y agradecido, del mismo modo que lo estaban haciendo mis hermanos, en la soledad de The Glen Tower.

No es necesario dar cuenta aquí de los años que han transcurrido desde que estamos los tres reunidos. Será más oportuno dejar constancia brevemente de que no nos hemos separado desde el día en que nos reunimos los tres de nuevo en este nuestro retiro en la ladera; también señalaré que todavía no nos hemos cansado del tiempo que hemos compartido, del lugar, o de nuestra mutua compañía; y que la influencia de la soledad en nuestras mentes y nuestros corazones no los ha alterado para peor, ya que no nos ha convertido en seres amargados para con nuestro prójimo ni ha secado la fuente de donde fluyen las inofensivas ocupaciones y los inocentes placeres que recubren los yermos parajes de la vida humana hasta el final de la existencia. Hasta aquí nuestra propia historia y las circunstancias que nos han apartado del mundo para el resto de nuestros días.

Y ahora imaginen a tres hombres viejos y solitarios, altos y enjutos, con el pelo blanco; vestidos, debido a hábitos pasados más

que a las circunstancias actuales, con trajes de diario de riguroso negro: el hermano Owen con aspecto, voz y maneras complacientes y afectuosas; el hermano Morgan, de trato peculiar, superficialmente ácido, y con un tono seco y sarcástico al hablar, que le diferencia en todo momento dentro de nuestro pequeño grupo como una gran personalidad; y el hermano Griffith, que hace de puente entre sus dos hermanos mayores; capaz, por un lado, de sumarse al tono calmado y reflexivo de la conversación de Owen, y presto, por el otro, a intercambiar enérgicas y ácidas afirmaciones sobre la vida y los modales de la gente con Morgan; en definitiva, un viejo abogado flexible de dos caras que se sitúa entre el hermano párroco y el hermano médico con un oído atento a cada uno de ellos y con un corazón abierto para ambos a partes iguales.

Imaginen el extraño y viejo edificio en el que vivimos como lo que su nombre indica: una torre erguida sobre una cañada.<sup>1</sup> En el pasado, fortaleza de un gran guerrero galés, y en la actualidad un tenebroso faro terrestre, una torre de muchos pisos, cada uno de ellos dividido en dos habitaciones, con una casita colgadiza de aspecto moderno anejada curiosamente a uno de sus lados. Imaginen la gran colina en cuya pendiente menos abrupta se encuentra la torre, alzada vertiginosamente detrás de ésta; un arroyo oscuro, rápido, en el valle a sus pies; colinas y más colinas a nuestro alrededor, y ninguna otra forma de llegar más que a través de una de las carreteras más solitarias e inhóspitas de todo el sur de Gales.

Imaginen una morada como ésta y unos habitantes como nosotros; y ahora imaginen el descenso hasta aquí, como si de una Diosa caída del cielo se tratase, de una muchacha vivaracha, bella y

---

1.- N. del T.: en inglés The Glen Tower significa «La torre de la cañada».

elegante; una criatura luminosa, alegre y bulliciosa, acostumbrada a revolotear en la existencia bajo el sol de la eterna felicidad; una hija de la nueva generación, con todas las ideas modernas agitándose en su hermosa cabeza, y todos los logros modernos al alcance de su delicada mano. Imaginen una hija de Eva tan alegre como ésta, la niña mimada de la sociedad, el encantador derroche del selecto tesoro de belleza y juventud de la naturaleza, que repentinamente ilumina la vida sombría de tres hombres viejos y cansados, de pronto abandonada en el lugar menos indicado para ella, de pronto apartada del mundo en la solitaria calma del hogar más solitario de Inglaterra. Dense cuenta, si es posible, del extremo capricho y la suprema anomalía de una situación como ésta, y entonces la asombrosa confesión que albergaba la primera frase de estas páginas ya no suscitará la menor sorpresa. ¡Quién puede ahora maravillarse, una vez nuestra Diosa joven y brillante llegó ante nosotros, de que mis hermanos y yo estuviésemos desesperados por nuestra falta de ideas ingeniosas para entretenerla!



## Nuestro dilema

¿Quién es la muchacha en cuestión? ¿Y cómo llegó hasta The Glen Tower?

Su nombre (a este respecto diré algo más un poco más adelante) es Jessie Yelverton. Es huérfana e hija única. Su madre murió cuando era niña; su padre era mi querido y apreciado amigo, el mayor Yelverton. Vivió lo suficiente para celebrar el séptimo cumpleaños de su querida hija. Cuando murió nos confió su autoridad y responsabilidad sobre ella a su hermano y a mí.

Cuando me convocaron para la lectura del testamento del Mayor, supe con certeza que me iba a nombrar tutor y albacea junto con su hermano; además conocía los deseos de mi difunto amigo acerca de la educación de su hija, y sus intenciones de legarle a ella todas sus propiedades. Pensaba por lo tanto que la lectura del testamento no me iba a informar de nada que no hubiera sabido ya en vida del testador. Cuando llegó el día de su lectura, no obstante, descubrí que me había precipitado en mis conclusiones. Hacia el final del documento había una cláusula que me cogió completamente por sorpresa.

Tras las disposiciones relativas a la educación de la señorita Yelverton, que se estableció sería responsabilidad de sus tutores, y en lo que tocaba a su lugar de residencia —quedando claro, inicialmente, que la muchacha quedaría, de ordinario, a cargo de la hermana del mayor, Lady Westwick—, la cláusula concluía imponiendo una curiosa condición para que el disfrute de la futura herencia de la niña pudiera ser efectivo. Y era ésta: que desde el momento en que la joven que abandonase el colegio y hasta que alcanzase los veintiún años, la señorita Yelverton habría de pasar al menos seis semanas consecutivas cada año bajo el techo de uno de sus dos tutores. Mientras ambos vivieran, ella misma podría elegir con cuál de los dos prefería pasar ese período establecido. En todos los aspectos restantes, tal condición era imperativa. Si decidía no cumplirla —exceptuado el caso, por supuesto, de que se produjese la muerte de ambos tutores—, sólo dispondría de las propiedades hereditarias como usufructuaria, de por vida; si, por el contrario, satisfacía esta disposición paterna, el dinero pasaría a ser propiedad suya el mismo día en que cumplierse los veintiún años.

Esta cláusula del testamento, como acabo de decir, me cogió en un principio totalmente por sorpresa. Recordé cuán devotamente Lady Westwick había aliviado los sufrimientos de su cuñada en el lecho de muerte, y con cuánto cariño se había preocupado por el bienestar de la niña, huérfana de madre; recordé los innumerables méritos que había cosechado a este respecto, que le habían granjeado la confianza de su hermano en lo que se refería a su amor por su hija. Por esta razón me sorprendió, como es natural, la aparición en el testamento de una condición que parecía provenir de una desconfianza en que la influencia de Lady Westwick sobre el carácter y la conducta de su sobrina se convirtiera en demasiado exclusiva.

Pero unas pocas palabras inspiradas de mi compañero de tutoría, el señor Richard Yelverton, junto con una reflexión más sosegada de las peculiaridades de disposición y sentimiento de mi difunto amigo, a las que hasta el momento no había concedido suficiente importancia, fueron suficientes para hacerme comprender los motivos que le habrían influido a la hora de decidir el futuro de su hija.

El mayor Yelverton había alcanzado una posición de fortuna e influencia partiendo de un origen muy humilde. Era el hijo de un pequeño granjero y se sentía orgulloso de no olvidar nunca esta circunstancia, de no haberse avergonzado nunca de ella, de no haber dejado que los prejuicios de la sociedad afectaran sus propias opiniones muy tajantes sobre las cuestiones sociales en general.

Dado que el Mayor actuaba, en todo lo referente a su relación con el mundo, basándose en tales principios, huelga decir que tenía opiniones curiosamente heterodoxas sobre la educación moderna de las muchachas y sobre la diabólica influencia de la sociedad en el carácter de las mujeres en general. De la solidez de estas opiniones y de la certeza de que su hermana no las compartía, había surgido la condición en su testamento que apartaba a su hija de la influencia de la tía durante seis semanas al año. Lady Westwick era la mujer más cariñosa, más generosa y más impulsiva que imaginarse pueda; capaz, si una ocasión grave lo requería, de la mayor de las devociones y del mayor de los sacrificios; pero, el resto del tiempo tendía a actuar de modo inestable, frívolo, y su comportamiento ordinario parecía predisponerla a la eterna alegría. El mayor Yelverton, que desconfiaba del tipo de vida que sabía que su hija llevaría bajo el techo de la tía, y que al mismo tiempo recordaba con gratitud la afectuosa devoción de su hermana hacia su esposa moribunda y su desamparada niña, intentó así alcanzar un compromiso que permi-

tía a Lady Westwick mantener la relación cotidiana y estrecha con su sobrina, que se había ganado por sus incontables buenos oficios, y al mismo tiempo enviar a la muchacha durante un período fijo cada año de su minoría de edad bajo el cuidado corrector de dos tutores tan reservados y anticuados como su hermano y yo. Hasta aquí, la historia de la cláusula testamentaria. Poco sospechaba mi amigo, cuando la dictó, el extraordinario resultado que llegaría a tener en su día.

Sin embargo, durante algunos años los acontecimientos se desarrollaron bastante bien. La pequeña Jessie fue enviada a un colegio excelente, donde la directora recibió instrucciones estrictas de convertirla en una buena chica en vez de en una muchacha moderna. Aunque no era conocida precisamente como una estudiante modelo en lo tocante a su atención durante las clases, fue desde el principio la favorita de todos cuantos la conocían. Incluso las faltas que cometía contra la disciplina del colegio eran de las que provocan una sonrisa hasta en el austero semblante de la mismísima autoridad. Una de estas curiosas travesuras merece narrarse aquí, dado que con ella se ganó el bonito apodo con el que aparecerá ocasionalmente a lo largo de estas páginas.

Una noche de otoño, poco tiempo después de las vacaciones de verano, la directora del colegio creyó ver una luz bajo la puerta de la habitación que ocupaba Jessie junto con otras tres chicas. Era cerca de la medianoche, y temiendo que les hubiera sorprendido algún tipo de enfermedad repentina, entró precipitadamente en la habitación. Al abrir la puerta, descubrió, para su horror y estupefacción, que las cuatro niñas estaban fuera del cama vestidas con trajes fantásticos y brillantes que parecían representar a las cuatro grotescas «Reinas» de la baraja: la Reina de Corazones, de Diamantes, de Picas y de Tréboles. Bailaban las cuatro formando un corro,

en el que Jessie representaba el papel de la Reina de Corazones. Tras la investigación que se abrió la mañana siguiente, se descubrió que la señorita Yelverton había introducido los trajes en el colegio secretamente y se había divertido ofreciendo un baile de gala improvisado a sus compañeras, imitando un entretenimiento del mismo tipo en el que había participado como parte de un espectáculo que tuvo lugar en la casa de campo de su tía.

Los vestidos fueron confiscados al instante y se impuso el castigo correspondiente sin demora; pero el recuerdo del extraordinario ultraje de Jessie de la disciplina de los dormitorios duró lo suficiente para convertirse en una de las tradiciones de la escuela, y tanto ella como sus tres hermanas en la travesura fueron desde entonces aclamadas como las «reinas» de los cuatro «palos» por sus compañeras de clase cada vez que la profesora se daba la vuelta. Desconozco lo que fue de los apodos destinados a las otras tres chicas, pero lo que sí sé es que el apelativo burlón de la Reina de Corazones le era tan apropiado y descriptivo al encanto natural del carácter de Jessie, así como al cariz de la aventura que había liderado, que surgía espontáneamente en los labios de todo aquel que la conocía. El apodo siguió a Jessie allá donde fue, viajó con ella hasta el hogar de su tía, y llegó a convertirse en algo tan habitual y amistosamente asociado a su persona, entre sus amigos de todas las edades, como si hubiera sido inscrito formalmente junto a su nombre de pila en su fe de bautismo; y se ha hecho un hueco en estas páginas porque brota de mi pluma de forma natural e inevitable, exactamente igual que brota de mis labios en la vida real.

Y hete aquí que, cuando Jessie acabó el colegio, apareció en el horizonte la primera dificultad: en otras palabras, surgió la necesidad de cumplir con las condiciones que el testamento de su padre marcaba para que la joven pudiese heredar. En ese momento yo ya

me había mudado y residía en The Glen Tower. A Jessie, la sola idea de una estancia de seis semanas en nuestra solitaria compañía, cargada de monotonía —como me escribió ella misma haciendo gala de una sinceridad que la honraba—, ni se le pasaba por la cabeza. Afortunadamente siempre se había llevado bien con su tío y con el resto de su familia; así que ejerció su libertad de elección y, para su alivio, y para el mío propio, pasó las seis semanas estipuladas, año tras año, bajo el techo del señor Richard Yelverton.

Durante todo este tiempo supe de ella con regularidad; a veces a través de mi compañero tutor, otras a través de mi hijo George, que, siempre que sus deberes militares se lo permitían, se las ingeniaba para visitarla, bien en casa de su tía, bien en casa del señor Yelverton. Las peculiaridades de su carácter y comportamiento, que pude saber gracias a esa fuente, sirvieron para acabar de convencerme de que el plan del pobre mayor sobre la cuidadosa formación del temperamento de su hija, aunque bastante razonable en teoría, constituía un completo fracaso en la práctica. La señorita Jessie, utilizando esa expresión tan consabida, había salido a su tía. Era tan generosa, tan impulsiva, tan cariñosa, tan amante del cambio y la alegría y las ropas elegantes, en resumen, era una mujer tan femenina y completa como la propia lady Westwick. Era imposible reformar a la «Reina de Corazones», como también era imposible no adorarla. Éste, en pocas palabras, fue el informe que mi compañero de tutoría me hizo sobre su experiencia con nuestra joven y bella pupila.

Y así pasó el tiempo, y llegó el año en el que los acontecimientos que voy a relatar tuvieron lugar: el año que siempre será recordado por Inglaterra como el de la Guerra con Rusia. Durante este período, y de hecho también durante los meses anteriores, tuve menos noticias de Jessie y de sus andanzas de lo que era habitual.

Mi hijo había sido enviado con su regimiento a Crimea en 1854, y tenía en ese momento un trabajo más importante que el de informarme sobre las andanzas de una jovencita de la buena sociedad. El señor Richard Yelverton, que hasta el momento solía escribirme con razonable regularidad, parecía ahora, por alguna razón que no podía imaginarme, haberse olvidado de mí. Finalmente, fue en una de las cartas del mismo George lo que me recordó a mi pupila, pues me preguntaba por ella, por lo que al instante escribí al señor Yelverton. Recibí, poco después, una respuesta escrita de puño y letra por lady Yelverton: su marido yacía en cama, gravemente enfermo. La siguiente carta que llegó me informaba de su muerte. Esto aconteció a principios de la primavera del año 1855.

Me avergüenza confesarlo, pero lo primero que cruzó mi mente cuando leí la noticia de la muerte del señor Yelverton fue el cambio que esto supondría para mi propia situación. Ahora yo era el único tutor que le quedaba a Jessie, y a la joven le restaba aún un año para alcanzar la mayoría de edad.

En el correo del día siguiente le hice enviar una carta en la que aludía, veladamente, a que la muerte del señor Yelverton había cambiado, en cierto modo, la naturaleza de nuestra relación. Jessie, por entonces, se encontraba de viaje por el Continente, junto a su tía, desde principios de ese mismo año. Por lo tanto, en lo que respectaba al año de 1855, la condición impuesta por el testamento estaba aún por cumplimentar. Tenía que pasar todavía seis semanas, sus últimas seis semanas, dado que había cumplido los veinte años de edad, bajo el techo de uno de sus tutores, y yo era ahora el único tutor que quedaba.

A su debido tiempo recibí la respuesta, escrita en papel color rosa y expuesta en un tono ligero, fácil, de chanza femenina, que me divertió a pesar de todo. La señorita Jessie, según ella

misma decía, dudaba tras recibir mi carta entre dos alternativas: la primera, dejarse enterrar durante seis semanas en The Glen Tower; la segunda, incumplir la condición, rechazar el dinero, y quedar magnánimamente satisfecha únicamente con el usufructo de las propiedades de su padre. De momento se inclinaba decididamente por renunciar al dinero y escapar de este modo a las garras de «los tres horribles ancianos», pero me volvería a contactar si cambiaba de idea. Y así, con sus mejores deseos, me pedía que la considerara afectuosamente mía, siempre que estuviese bien lejos.

Pasó el verano, llegó el otoño y no volví a tener noticias suyas. En circunstancias normales este largo silencio me hubiera hecho sentir cierta preocupación; pero por esa época recibí desde Crimea la noticia de que mi hijo estaba herido: fuera de peligro gracias a Dios, pero lo suficientemente grave como para estar en cama; y desde entonces mis desvelos tuvieron ese único objeto. No obstante, a principios de septiembre, recibí mejores informes sobre él, y mi mente quedó lo suficientemente liberada como para volver a pensar en Jessie. Justo cuando estaba planteándome la necesidad de escribir una vez más a mi obstinada pupila, recibí una segunda carta suya. Por fin había regresado del extranjero, y repentinamente había cambiado de opinión, repentinamente se había hartado de la sociedad, repentinamente se sentía fascinada por los placeres del aislamiento, y repentinamente había descubierto que los tres horribles ancianos eran tres encantadores ancianos, y que seis semanas de soledad en The Glen Tower eran el lujo, de entre todos los lujos, que más ansiaba disfrutar. Como resultado de este nuevo estado de cosas, proponía disfrutar de las seis semanas que le correspondían con su tutor. Llegaría sin falta el veinte de septiembre y emplearía un gran cuidado en prepararse para encajar en nuestra

sociedad: vendría henchida de pesimismo y con su propio hábito de penitente.

El primer suplicio que esta carta alarmante me obligó a padecer fue comunicar la noticia a mis dos hermanos. La revelación les afectó de forma muy distinta. El pobre Owen simplemente palideció, levantó sus manos delgadas y débiles como si tuviese un ataque de pánico, y después se sentó observándome fijamente con un estupor que le arrebató la capacidad de habla y movimiento. Morgan se quedó de pie muy erguido ante mí, se metió las dos manos bruscamente en los bolsillos, rompió a reír del modo más seco que jamás le había escuchado, y me dijo, con aire triunfal, que era exactamente lo que esperaba.

—¿Lo que esperabas? —repetí, atónito.

—Sí —respondió Morgan, con su tono más ácido—. No me sorprende lo más mínimo. Así es como funciona el mundo, no es más que el habitual pulso entre el bien y el mal, la eterna historia con el final de siempre. Reinaba la felicidad en el jardín del Edén, hasta que llegó la serpiente y lo puso todo patas arriba. Salomón era el hombre más sabio, hasta que vino la Reina de Saba y le hizo quedar como un tonto. Nosotros estamos sumamente tranquilos en The Glen Tower, hasta que viene una mujer y siembra la discordia. Lo único que me pregunto es cómo no nos ha pasado antes.

Tras estas palabras Morgan cogió su pipa con resignación, se puso su viejo sombrero de fieltro y se dirigió hacia la puerta.

—¿No te irás antes de que llegue? —exclamó Owen lastimosamente—. ¡No nos dejes solos, por favor no nos abandones!

—¡Irme! —exclamó Morgan con gran condescendencia—. ¿Qué ganaría con eso? Cuando el destino pone sus ojos en un hombre, y le prepara una parrilla, que yo sepa no hay escapatoria, lo único que puede hacer éste es acercarse y sentarse sobre ella.

Me dispuse a protestar contra la implícita comparación entre una muchacha y una parrilla al rojo, pero antes de que pudiese hablar, Morgan se había marchado.

—Bueno —le dije a Owen—, debemos sacar el mayor provecho de esta situación. Tenemos que desempolvar nuestros modales, ordenar la casa, y entretenerla tanto como podamos. El problema es dónde la alojamos; y cuando esto esté decidido, el siguiente asunto será qué necesitaremos comprar para que se sienta cómoda. Es un tema peliagudo, hermano, averiguar lo que agrada y lo que no agrada a los gustos de una señorita.

Owen me miró de forma ausente, más desconcertado que nunca, abrió los ojos en un gesto de reflexión no exento de perplejidad, se repitió a sí mismo lentamente la palabra «gustos» y después me ayudó con la siguiente sugerencia:

—¿No sería mejor empezar comprándole un *plumcake*?

—Mi querido Owen —objeté—: es una mujer hecha y derecha quien viene a vernos, no una niña que va a la escuela.

—Oh —dijo Owen, más confuso que antes—. Sí, ya veo; no sería mala idea, supongo... ¿o lo sería?... comprarle un perrito y un montón de trajes nuevos.

Evidentemente, podía esperar la misma ayuda de los consejos de Owen que del mismo Morgan. En el momento en que llegaba a esta conclusión, vi a través de la ventana a nuestra vieja ama de llaves de camino, con su cesta, al huerto de la cocina, y salí de la habitación para averiguar si podía ayudarnos.

Para mi desesperación, el ama de llaves tenía una opinión aún más pesimista que Morgan sobre los acontecimientos venideros. Tras explicarle todas las circunstancias, con cuidado dejó su cesta en el suelo, se cruzó de brazos, y me dijo con un tono lento, prudente y misterioso:

—¿Quiere usted mi consejo sobre lo que se debe hacer con esta muchacha? Bien señor, éste es mi consejo: no le dé demasiadas vueltas a la cabeza, no servirá de nada. Vaya y que no servirá de nada, se lo digo yo.

—¿Qué quiere decir?

—Mire este lugar señor, es más una cárcel que una casa, ¿no es cierto? Mírenos a nosotros, sus habitantes, tenemos todos (exceptuándole a usted) un pie en la tumba, ¿verdad? Cuando usted era joven, señor, ¿qué hubiera hecho si le hubiesen encerrado durante seis semanas en un lugar como éste, entre sus abuelos y abuelas a punto de morir de viejos?

—No sé qué decir.

—Yo sí señor. Se hubiera escapado. Ella se escapará. Así que no le dé más vueltas a la cabeza, ella le ahorrará la preocupación. Se lo digo otra vez: se escapará.

Con esas palabras de mal agüero el ama de llaves recogió su cesta, suspiró profundamente, y me dejó.

Me senté bajo un árbol sintiéndome impotente. El peso de toda la responsabilidad había recaído sobre mis pobres hombros. Ni una dama en el vecindario a quien pudiese pedir ayuda, y la tienda más cercana a ocho millas de distancia. El caso más difícil al que me tuve que enfrentar como abogado no era más que un juego de niños comparado con la dificultad de acoger a nuestra bella invitada.

Sin embargo, era absolutamente necesario decidir al instante dónde iba a dormir. Todas las habitaciones de la torre eran de piedra: oscuras, lúgubres y frías hasta en verano. No podía instalarse en ninguna de ellas. La única alternativa era alojarla en la casita moderna adosada, como ya he descrito, a uno de los lados del viejo edificio. Contaba con tres habitaciones que podían llegar a ser dignas para ser habitadas por una señorita. Pero Morgan ocupaba

dichas habitaciones. Sus libros estaban en una de ellas, su cama en otra, y sus pipas y trastos diversos en la tercera. ¿Podía esperarse de él que, después de las amargas comparaciones que había utilizado para referirse a nuestra visitante, vaciase de buen grado sus aposentos y cambiase todas sus costumbres en pos de la comodidad de la recién llegada? La mera idea de proponerle algo así me parecía sencillamente ridícula; pero la imperiosa necesidad no me dejó otro remedio que poner en práctica el insensato experimento. Volví a la torre apresurado y desesperado para enfrentarme a lo peor que pudiera pasar, antes de que se hubiese agotado mi valor.

Al cruzar el umbral de la puerta del vestíbulo, para mi estupefacción, me detuvo una procesión de tres de los sirvientes de la granja seguidos por Morgan; andaban uno detrás de otro, en fila india hacia la escalera de caracol que llevaba al piso más alto de la torre. El primero de los sirvientes llevaba lo necesario para encender el fuego; el segundo, una butaca del revés sobre su cabeza; el tercero se tambaleaba bajo un pesado montón de libros, y Morgan iba el último, con su tabaquera en la mano, su bata sobre los hombros y su colección entera de pipas empaquetada bajo el brazo.

—¿Pero qué diantre está pasando aquí? —pregunté inquisidor.

—Pues pasa que me estoy adelantando a los acontecimientos —respondió Morgan, mirándome con una sonrisa de amarga satisfacción—. Tengo una ventaja sobre tu muchachita, Griffith, y estoy sacándole todo el provecho posible.

—Pero por Dios, ¿a dónde vas? —pregunté mientras la cabeza de la procesión desaparecía con su leña por las escaleras.

—¿Qué altura tiene esta torre? —replicó Morgan.

—Siete plantas, por lo menos —respondí.

—Muy bien —dijo mi excéntrico hermano, poniendo un pie sobre el primer peldaño—; me voy a la séptima.

—No puedes —grité.

—Querrás decir que ella no puede —dijo Morgan—, y ésa es precisamente la razón por la que me voy allí.

—Pero la habitación no está amueblada.

—Allí no podrá ir...

—Una de las ventanas se ha caído a pedazos.

—No podrá ir...

—Hay un nido de cuervos en la esquina.

—No podrá ir...

Tras plantear este argumento incontestable por tercera vez, Morgan también desapareció por las sinuosas escaleras. Le conocía demasiado bien para intentar cualquier otra protesta.

Así que de ese modo tan inesperado se solucionó el primero de mis problemas: las habitaciones de la casita habían sido liberadas de facto por el mismo propietario, y estaban a mi disposición. Escribí al instante al tapicero de la lejana capital del condado para que acudiese inmediatamente a supervisar las instalaciones, y envié a un mensajero a caballo con la carta. Hecho esto, y enviadas también las órdenes necesarias al carpintero y al vidriero para que empezasen a trabajar en las dependencias aéreas de Morgan en la séptima planta, empecé a sentir, por primera vez, que estaba recuperando mi maltrecho juicio. Al caer la noche ya se me habían ocurrido al menos tres ideas excelentes destinadas a la futura comodidad y entretenimiento de nuestra bella invitada. La primera idea era conseguirle un pony galés; la segunda, alquilar un piano en la ciudad; la tercera, mandar traer de Londres una caja llena de novelas. Debo confesar que estos proyectos para hacerla feliz me parecieron muy ocurrentes y oportunos, y Owen estuvo de acuerdo conmigo. Morgan, como siempre, adoptó el punto de vista contrario. Dijo que las novelas la harían bostezar, que despreciaría

el piano, y que se rompería la crisma con el pony. En cuanto al ama de llaves, siguió erre que erre por la tarde igual que por la mañana. «Con piano o sin piano, con cuentos o sin cuentos, con pony o sin pony, no olvide mis palabras señor: esa muchacha huirá.» Ésas fueron las palabras de despedida del ama de llaves cuando me deseó las buenas noches.

Cuando llegó la mañana siguiente y con ella la terrible hora del despertar que enfrenta a un hombre con sus esperanzas y proyectos, tanto los grandes como los pequeños, libres de toda ilusión, no ocultaré que me sentí menos apasionado sobre nuestro éxito en entretener a nuestra futura visitante. En lo que se refería a los preparativos materiales, parecía desde luego que poco quedaba por mejorar, pero aparte de éstos, ¿qué podíamos ofrecerle nosotros y nuestra compañía que le resultase atractivo? Ahí estaba el punto espinoso de la cuestión, y ésta era la gran dificultad a la que debía encontrar solución.

Mientras me visto, mi mente se pierde en sesudas reflexiones sobre los pasatiempos y ocupaciones con los que los tres hermanos solemos, desde hace años, engañar al tiempo. ¿Hay alguna posibilidad de que le interese o entretenga alguno de ellos?

Mi ocupación principal —empezaré por mí, por ser el más joven de los tres— consiste en actuar como administrador de las propiedades de Owen. La naturaleza rutinaria de mis ocupaciones nunca ha perdido para mí su sobrio atractivo, ya que siempre me he empleado en velar por los intereses de mi hermano, y también de mi hijo, que un día será su heredero. Pero, ¿puedo esperar que nuestra bella invitada aprecie tales preocupaciones familiares? Desde luego que no.

La ocupación de Morgan, la siguiente por su orden, es una ocupación de naturaleza bastante más ambiciosa que la mía. Un

rasgo clásico del carácter caprichoso y contradictorio de mi segundo hermano consistió siempre en considerar la profesión que aprendió y con la que se ganó la vida con el desprecio más profundo; y ahora consagra las largas horas de ocio propias de su proveccta edad a redactar un voluminoso tratado con el que pretende, algún día, expulsar a todo el cuerpo médico que ha usurpado injustamente en la estima de sus conmlitones. Este ambicioso trabajo se viene titulando *Un análisis de las pretensiones de la Medicina a la gratitud de la Humanidad. Opinión negativa de un médico retirado*. Según tengo entendido, el libro podría alcanzar las dimensiones de una enciclopedia, ya que el plan de Morgan es tratar este extenso tema principalmente desde un punto de vista histórico, y vilipendiar a todos los médicos de la antigüedad uno por uno, en riguroso orden, empezando por el primero de la tribu. La última vez que me informé de su progreso, seguía de cerca a Hipócrates, pero no tenía ningún plan inmediato de enzarzarse con su sucesor. ¿Es ésta una ocupación (me pregunto) en la que una muchacha moderna pueda tener el más mínimo interés? De nuevo, desde luego que no.

La ocupación favorita de Owen, por su parte, es casi tan característica como la de Morgan y tiene la gran ventaja adicional de resultar atractiva para un mayor espectro de gustos. Mi hermano mayor —excelente dibujante y pintor cuando era joven y siempre interesado en los artistas y su obra en la posteridad— ha retomado, en sus años de ocaso, la ocupación veraniega de sus días de colegio. Como pintor de paisajes aficionado, trabaja con mayor placer, utiliza más color, gasta más pinceles, y consigue más olor a pintura en su estudio que ningún artista profesional, nativo o extranjero, que haya yo conocido jamás. Owen, el hombre de aspecto, modales y temperamento más amables del mundo, gracias a una peculiar anomalía de su carácter que parece haber tomado de Morgan, oscila

plácidamente entre la gama de temas más tormentosos y aterradores que su arte es capaz de representar. Ruinas inconmensurables en clamorosos desiertos bajo relucientes atardeceres rojo sangre; nubes de tormenta rasgadas por los rayos, suspendidas sobre árboles partidos al borde de terribles precipicios; huracanes, naufragios, olas y torbellinos se suceden en sus lienzos, sin que aparezca un atisbo de su naturaleza calmada habitual para aliviar la serie de horrores pictóricos. Cuando le veo ante su caballete, tan pulcro y calmado, tan humilde y modesto, con una expresión tan sosegada en su rostro atento, con una mano tan blanca y tan frágil que guía esos pinceles enormes y atrevidos, y cuando después veo todos los lienzos llenos de horrores que serenamente empeoran en fiereza e intensidad con cada pincelada, me resulta difícil establecer el vínculo entre mi hermano y su obra, aunque estén ante mí, a seis pulgadas de distancia. ¿Será este espectáculo peculiar cómicamente atractivo para la señorita Jessie? Quizá sí. Hay una pequeña esperanza de que la ocupación de Owen tenga la fortuna de interesarle.

Y así avanzan mis meditaciones matutinas, con paso incierto, pero todas ellas fracasan si me alejo del estrecho círculo de The Glen Tower. Intento, con todas mis fuerzas, por el bien de nuestra visitante, examinar los recursos del pequeño mundo que nos rodea, pero mis esfuerzos son recompensados por el vacío más absoluto.

¿Hay acaso algún alma viviente en los alrededores, alguien medianamente presentable a quien pudiéramos invitar para que la conozca? Ni una. Como ya he dicho, no hay casas de campo cercanas; y la buena sociedad de la capital del condado desde hace tiempo ha aprendido a considerarnos como tres misántropos, extremadamente sospechosos, por nuestra forma de vida monástica y nuestros trajes negros y sombríos, como si fuéramos curas católicos disfrazados. En otras partes de Inglaterra el párroco del lugar

podría ayudarnos con nuestro problema; pero aquí, en el sur de Gales, y en esta segunda mitad del siglo diecinueve, contamos con el viejo tipo de pastor de los días de Fielding en perfecto estado de conservación. Nuestro párroco local recibe un estipendio que es tan insignificante que no soporta comparación con el salario de un mecánico cualquiera. Su vestimenta, sus modales y sus gustos apenas alcanzan el nivel de los de un labriego de clase alta. En las ocasiones en que personas de buena familia y bienintencionadas han realizado esfuerzos por tratarle con el reconocimiento que su profesión se merece, invitándole a sus casas, se ha sabido que, más de una vez, dejó su par de zapatos de labrador en el vestíbulo y entró respetuosamente en el salón en calcetines. Cuando predica, en un lugar a millas y millas de nosotros y de la humilde casa en la que vive, si ve a alguno de los presentes en el banco de los hacendados bostezar o agitarse en el asiento, se lo toma como una insinuación de que están cansados de escuchar y acaba el sermón inmediatamente en cuanto termina la frase. ¿Podemos pedirle a este hombre tan irreverente y anticlerical que conozca a una joven dama? Dudo que, aunque hiciésemos el intento, lográsemos, de forma honrosa, hacerle traspasar el umbral del vestíbulo de los sirvientes.

Tras descartar, por lo tanto, la idea de invitar a los vecinos a fin de que nuestra huésped estuviera entretenida, y convencido al mismo tiempo de que resulta más que dudoso que ésta descubra algún atractivo en la austera compañía de los habitantes de la casa, termino de vestirme y bajo a tomar el desayuno, y en el fondo empiezo a creer que tiene razón el ama de llaves, y que la señorita Jessie acabará por salir huyendo. Me encuentro con Morgan, tan amargamente resignado a su destino como siempre, y a Owen, tan desesperadamente ansioso por ser de alguna utilidad, y tan la-

mentablemente ignorante sobre cómo empezar, que no me queda más remedio que deshacerme de él desde el principio mediante una estratagema.

Le sugiero que seguramente nuestra visitante esté interesada en los cuadros, y que sería muy amable por su parte pintarle un paisaje para colgar en su habitación. A Owen se le ilumina la cara al instante, me informa en su tono más dulce que en este momento está trabajando en un cuadro sobre el terremoto de Lisboa, y me pregunta si creo que le gustará el tema. Consigo mantener mi semblante lo suficientemente serio para responder afirmativamente, y mi hermano se retira dócilmente a su estudio, para reflejar el hundimiento de una ciudad y la destrucción de un pueblo. Morgan, por su parte, se retira a lo alto de la torre, tras amenazar con subir todas sus comidas hasta su nueva residencia mediante una cesta y una cuerda cuando llegue nuestra visitante. Me quedo solo durante una hora, hasta que el tapicero llega de la ciudad.

Este hombre respetable, tras ser informado de nuestra emergencia, aparentemente ha visto la forma de hacer un buen negocio, y se gana mi eterna gratitud, pues toma, al contrario que todos los demás, un punto de vista optimista y esperanzado sobre las actuales circunstancias.

—Me perdonará usted, señor —me dice, en tono de confianza, cuando le enseño las habitaciones de la casita adosada—, pero esto es una cuestión de experiencia. Yo mismo soy un hombre de familia, con las hijas ya mayores, y la naturaleza femenina no tiene secretos para mí. Haga de sus habitaciones un lugar cómodo, y las hará felices. Rodee sus vidas, señor, del mobiliario adecuado, y no oírás queja alguna salir de sus labios. Veamos, en lo que se refiere a estas habitaciones, por ejemplo, señor, pone usted un buen armazón de cama francés en esa esquina, con cortinas a juego, digamos

una cretona llamativa; sobre ese armazón pone usted una cantidad diríamos suficiente de ropa de cama; y lo decora con un pequeño y delicado edredón de pluma de pato, tan ligero como las rosas, y similar a éstas en color. Si hace eso, ¿qué ocurrirá? Le regalaré los ojos cuando se acueste por las noches, y le regalaré los ojos cuando se levante por la mañana, y usted estará contento, y ella también. No insistiré, señor, sobre la mesa del baño, ni tampoco le voy a entretener hablándole del espejo de cuerpo entero y del otro espejo de cara, porque tengo esos artículos en el almacén y yo mismo respondo de su efecto sobre el carácter y los sentimientos de una dama.

Mientras hablaba, me dirigió a la otra habitación y decidió los accesorios y decoraciones futuros, al igual que lo había hecho en el dormitorio, basándose en la estricta conexión —como su experiencia le había demostrado— entre un mobiliario cómodo y la felicidad femenina.

Hasta ese momento, y dado mi pobre estado de ánimo, la confianza del tapicero me había impresionado muy a mi pesar, y le había escuchado en supersticioso silencio. Pero mientras alcanzaba gradualmente cada vez más altas cotas en su exaltación tapicera, unas visiones alarmantes de su factura empezaron a manifestarse como telón de fondo del escenario de lujo y magnificencia que mi amigo evocaba. Los astutos instintos profesionales de tiempos pasados volvieron a aflorar en mí y empecé a plantear dudas y hacer preguntas, cuya natural consecuencia fue que nuestra entrevista adquirió rápidamente un tono más práctico.

Una vez que quedó fijado el gasto al que probablemente ascendería el mobiliario, y tras reparar en que el proceso de transformación de la casita —era preciso cierto plazo para obtener unos artículos selectos de Bristol— nos llevaría prácticamente una quincena, me despedí del tapicero pidiéndole que me dejara un

par de días para reflexionar y hacerle saber mi decisión. Estábamos a cinco de septiembre y nuestra Reina de Corazones llegaría el veinte. Por lo tanto, si la obra empezaba el siete o el ocho, se terminaría a tiempo.

Al hacer mis cálculos tomando como referencia el día veinte de septiembre, se observará que, implícitamente, confiaba en la seriedad de la que habría de hacer gala cualquier joven dama que se preciase, aseguraría el cumplimiento del término de la cita que ella misma había fijado. Sólo puedo justificar tal ingenuidad por mi parte aduciendo la posibilidad de que mi inteligencia estuviera lastimosamente oxidada tras mi largo aislamiento de la sociedad. Fuese debido o no a ello, mi inocente candor estaba destinado irremisiblemente a sufrir una buena paliza del modo más sorprendente que imaginarse pueda. Apenas podía yo sospechar, cuando me despedí del tapicero el día cinco, la sorpresa que la fortuna me depararía el día diez.

El día siete tomé la decisión de acondicionar el dormitorio sin más demora y aplazar el asunto del cuarto de estar unos días más. Tras cursar el pedido necesario, escribí cartas destinadas al alquiler del piano y al encargo de la caja de novelas. Hecho todo esto, me congratulé del estado avanzado de los preparativos, y me senté para reposar acompañado de mis propios y felices engaños.

El día nueve llegó la carreta con el mobiliario, y los hombres empezaron a trabajar en el dormitorio. Fue ese el día en que Morgan se retiró definitivamente a lo alto de la torre, mientras que Owen se confesó demasiado nervioso para poder aplicar la cantidad conveniente de pintura al terremoto de Lisboa.

El día diez el trabajo estaba avanzando a pasos agigantados. Hacia el mediodía, Owen y yo nos acercamos con calma hasta la puerta para disfrutar de la hermosa luz otoñal. Estábamos sentados pere-

zosamente en nuestro banco favorito, frente a la torre, cuando un grito proveniente de algún lugar sobre nuestras cabezas nos sobresaltó. Miramos hacia arriba al instante y vimos a Morgan, con medio cuerpo fuera del estrecho ventanuco, allá en la séptima planta, gesticulando con vehemencia y señalando con el cañón de su larga pipa de espuma de mar hacia la carretera que estaba ante nosotros.

Miramos fijamente con expectación hacia la dirección indicada, pero nuestra posición era demasiado baja para poder distinguir nada. Hasta que pasó un rato no pudimos adivinar lo que se nos avecinaba. Finalmente ambos vislumbramos una silla de posta amarilla que, indudable y claramente, se aproximaba a la casa.

Owen y yo nos miramos el uno al otro presas de un silencioso pánico. El vehículo venía en dirección nuestra, pero ¿qué o a quién transportaba? ¿Viajan acaso los pianos en silla de posta? ¿Acompaña un postillón a las cajas de novelas hasta su destino? Esperábamos el piano y esperábamos las novelas, pero nada más; no había duda de que no esperábamos nada más.

El vehículo tomó la curva del camino, pasó a través del hueco sin puertas de nuestro desigual muro del cercado formado por piedras sueltas, y prestamente se detuvo junto a nosotros. Un sombrero apareció en la ventana y una mano agitó un pañuelo blanco alegremente.

¡Por Dios Santo Todopoderoso! ¡Era la mismísima Jessie Yelverton, que llegaba, sin previo aviso, exactamente con diez días de adelanto!

